



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades,
Profesoras y profesores,
Personal de Administración y servicios,
Alumnos y alumnas,
Amigas y amigos:

Dicen los Estatutos de la Universidad de Málaga, en concordancia con lo que establece la Ley Orgánica de Universidades, que el Rector es la máxima autoridad académica de la Universidad, ostenta la representación de ésta y ejerce la dirección, el gobierno y la gestión de la Universidad.

Querido Antonio:

Querido Rector:

Quiero decirte, en primer lugar, que has sido un digno representante de esta institución, un gobernante de pulso firme y un gestor eficiente.

Tres razones, que avalan por sí solas la concesión de la máxima distinción de esta Universidad, su medalla de oro. Tres causas que abocan a un efecto, reconocer públicamente tus méritos como profesor, como investigador y como rector.

Etimológicamente la palabra “medalla” proviene del italiano “medaglia” y del latín “metal-lum”, y significa pedazo de metal batido o acuñado, comúnmente redondo, con alguna figura, símbolo o emblema. Metal que no tiene valor legal para las contrataciones o para las transacciones, pero sí para las emociones, sí para distinguir a un hombre que puso al servicio de la Universidad, su conocimiento, su trabajo y su tiempo.

Un hombre que luchó generosamente por convertir una Universidad grande en una gran Universidad, que asentó las bases de la Universidad del futuro, adelantándose a su tiempo y previendo con singular clarividencia que la Universidad es un reflejo de la sociedad, pero que la guía y la orienta.

Hoy es un día muy especial, un día para el homenaje, un día para el reconocimiento, un día también para el recuerdo. Un día que escribiremos con letras de oro en la historia de esta institución.



Hoy, diez de junio, la Universidad de Málaga reconoce con la medalla de oro a quien la rigió durante nueve años. A quién puso esta nave rumbo a la calidad, a quién esbozó las líneas maestras de la planificación estratégica, a quién apostó por las relaciones internacionales, por la movilidad de los estudiantes, por la mejora de las condiciones de trabajo y la promoción del personal docente e investigador y del personal de administración y servicios, por los planes propios de investigación, a quién atisbó en el horizonte un nuevo modelo de educación superior, a la luz del informe del profesor Bricall, cuando Bolonia sólo era una ciudad italiana con el segundo casco antiguo medieval más grande de Europa, después de Venecia.

Rendimos hoy homenaje, a un hombre austero, de sabia ironía, un hombre de ciencia, amante de los clásicos, de aquel Aristóteles, que decía:

“Lo más bello y deseable en este mundo es aprender. Y para este propósito, ningún lugar mejor que la Universidad, alma máter o madre nutricia de todas las ciencias”.

Reconocemos sus méritos Rector Díez De los Ríos, en un lugar emblemático, en el Rectorado, un edificio que se terminó e inauguró en su mandato y bajo la presidencia del Príncipe de Asturias. El viejo edificio de Correos, que ya todo el mundo identifica con la Universidad, en cuya sala más noble, cuelga su retrato para el futuro, cerrando provisionalmente la historia de esta institución.

Recuerdo bien aquel momento, porque el cuadro era un trabajo espléndido que no pasaría desapercibido; no solo por su dibujo, insuperable, sino porque el color de fondo rompía el unísono, el discurso silencioso de los retratos. Pero lo importante era el gesto, la mirada críptica; “es, sin duda, Antonio”, dijeron todos. Y otro de sus colaboradores de antaño, me hizo notar el modo en que sujetaba el bastón de mando, sin aferrarse, sin siquiera ejercer presión; pero sin dejar que se ladeara. También aquel era, sin duda, Antonio.

A Antonio Díez de los Ríos le tocó iniciar su mandato en un momento crucial de la Universidad. A la complicada situación económica de finales de 1994 había que unir el problema de los alumnos que no tenían plaza y el clamor de una sociedad que reclamaba el derecho a la educación superior.

Fue necesario actuar muy rápido, apelar al sentido del deber de todos, a la solidaridad de decanos y directores. Recuerdo que el mismo día de su toma de



posesión en el palacio de San Telmo el problema estaba ya encauzado. Pero eso no impidió que en su discurso de investidura, sus primeras palabras ante el Presidente Chaves fueran:

“Es necesario que todos comprendan que Málaga, como quinta ciudad de España, tiene derecho a una universidad acorde con las necesidades del siglo XXI.” Poco tiempo después, completó su afirmación con un deseo: “que Málaga dejara de ser periferia para convertirse en foco de conocimiento y cultura.”

Conocimiento, investigación y cultura, tres ejes transversales que han presidido su actuación pública. Permítanme que en este punto, repase, aunque sea de forma muy breve, las múltiples actuaciones que jalonaron sus dos mandatos:

En el curso 1994/1995 la Universidad de Málaga contaba con 1.266 profesores. En el curso 2003/2004, esa cifra se elevó a 2.053, culminando el programa de promoción del personal docente e investigador, que se desarrolló de acuerdo con los criterios del plan de dotación de cátedras a áreas de conocimiento, aprobado por la Junta de Gobierno celebrada el 29 de noviembre de 1995 y con las normas para la dotación de plazas de Profesores Titulares de Universidad, Catedráticos de Escuela Universitaria y Profesores Titulares de Escuela Universitaria, aprobado por la Junta de Gobierno el 30 de marzo de 2000.

Más tarde en la Junta de Gobierno de 13 de noviembre de 2001, se acordó la dotación de 14 cátedras, 127 titularidades de universidad, 14 cátedras de escuela universitaria y 53 titularidades de escuela universitaria.

Por lo que respecta al Personal de Administración y Servicios, durante sus dos mandatos, este colectivo pasó de 645 personas a 944 trabajadores en el año 2003.

En relación a las titulaciones académicas ofertadas se pasó de 38 a 55. También fueron concedidas por la Junta de Andalucía las titulaciones de Licenciado en Bellas Artes, Arquitectura, Podología y Terapia Ocupacional, que se implantaron en el curso 2006/2007. En concreto, las dos primeras reflejaban una vieja aspiración de la Universidad y sobre todo Arquitectura, era una titulación necesaria para la provincia andaluza en la que más se construía.



Buena parte del esfuerzo correspondió también al Consejo Social de la Universidad de Málaga, que siempre luchó por atraer para su ciudad y su universidad las titulaciones académicas más demandadas por la sociedad.

En cuanto al número de alumnos, de los 33.254 del curso académico 1994/1995, pasamos a los 41.720 del curso 2003-2004. De 20 becarios predoctorales a 176 en 2003. De 29 programas de doctorado a 54.

En materia de investigación, de los 41 proyectos concedidos en el marco del Plan Nacional, pasamos a 124 a finales de 2003 y de 155 grupos de investigación a 224.

Por lo que respecta a los contratos y convenios de investigación, otro de los valores referenciales de esta Universidad, se pasó del millón ochocientos mil euros de facturación anual en 1994, a los cinco millones ochocientos mil euros, en 2003. Y el presupuesto prácticamente se duplicó, pasando de 71,5 a 149 millones de euros en 2003.

Y en el capítulo de inversiones, quiero hacer especial mención a que en 1995, cuando inició su primer mandato el profesor Díez de los Ríos, estaban acabados el primer aula y la primera fase del Complejo Deportivo de la Universidad, el edificio Central de Investigación y el del Servicio Central de Informática y se encontraba en su primera fase el edificio de las ingenierías.

Asimismo, quiero destacar que se ponía la primera piedra para construir el edificio de Turismo y Ciencias de la Comunicación, así como el edificio de los Institutos Universitarios, ubicado en el Campus de Teatinos, detrás de la Facultad de Ciencias.

Se ponía en marcha, también, la construcción del edificio del decanato de Filosofía y Letras y la ampliación de la Biblioteca de Ciencias y se acometía la remodelación del antiguo edificio de Correos, hoy Rectorado de la Universidad y escaparate de una institución moderna, que tiene a su edificio más noble en el centro neurálgico de la ciudad, junto al futuro Museo de Málaga y junto al Ayuntamiento y el Banco de España.

Durante su mandato se acometieron las obras de la segunda fase del edificio de las Ingenierías y se trasladó la OTRI (Oficina de Transferencia de Resultados de la Investigación) al Centro Competencias de la Universidad de Málaga, ubicado en el Parque Tecnológico de Andalucía, insertando así la Universidad en el mayor



espacio para el desarrollo y progreso económico de Málaga y de Andalucía, vinculando la Universidad al sector productivo, en un régimen de colaboración permanente que nos ha convertido en aliados estables.

Así mismo, a su esfuerzo y tesón se debe también la construcción del Edificio de Investigaciones Sanitarias y el Servicio Central de Investigación, además de abordarse la construcción del Jardín Botánico de la Universidad, que hoy es un pulmón verde en el Campus de Teatinos.

Corresponde también a su mandato la negociación y la firma del convenio para la cesión, por parte del Ayuntamiento de Málaga, del millón de metros cuadrados correspondiente a la ampliación del Campus de Teatinos, proyecto que precisamente culmina ahora, con la firma de la addenda a ese convenio, que dará lugar al otorgamiento de la correspondiente escritura pública y al uso compartido con el propio Ayuntamiento de las instalaciones ubicadas en el Campus de Ejido, que estarán destinadas a uso universitario mientras persistan las necesidades académicas y administrativas de esta Universidad.

Después de analizar estas cifras, me ratifico en el valor de la eficacia y la eficiencia que han presidido su gestión.

Con estas credenciales, profesor Díez de los Ríos, se ha hecho usted más que merecido acreedor del reconocimiento y del respeto de la comunidad universitaria, del agradecimiento de los que formamos parte de su equipo de gobierno, de los que le acompañamos, unos pasos atrás, y en su momento tomamos el relevo del gobierno de esta Universidad, con una sólida herencia en valores y recursos.

Hoy simplemente, mediante la imposición de la medalla de oro de la Universidad y el gesto simbólico de este homenaje, queremos expresarle la gratitud de esta institución académica y la expresión más sincera de nuestro afecto, dándole las gracias y compartiendo con usted unos momentos que espero sean de felicidad, después de tantos sinsabores, los del trabajo y también los de la vida.

Trabajar con Antonio ha sido algo irreplicable, pero no siempre fácil, porque la velocidad de su razonamiento solía dejarnos atrás y al final era necesario interpretar el sentido último de lo que nos había dicho. Pero era interesante observar su modo de gestionar y manejar los tiempos, y de poner a cada momento en su lugar. Como aficionado a la música intuía siempre el ritmo adecuado, y conocía el valor de los silencios, cuando están bien puestos en el



pentagrama. Escuchaba mucho a Bach, pero no solo las cantatas, sino las fugas, que tienen su reflejo matemático. Después, durante una época, le interesó la pintura, y aunque no lo dijera, creo que le apasionaba la composición de las formas, las armonías, el secreto de la proporción áurea. El número “Fi”, uno mas raíz de cinco partido por dos.

Para explicar aquella forma de proceder nos remitía a la lectura de “El Principito” de Saint Exupery. ¿Tu te acuerdas cuando el Principito estaba en el asteroide y le pidió al dueño del universo que adelantara el atardecer?. ¿Que le dijo el dueño del universo? Pues, “esperaré con mi ciencia de gobernante a que las condiciones sean favorables. Tendrá usted su amanecer exactamente a las seis cuarenta y cinco”. Y luego remataba con sorna: “y es lógico; ¿Para qué iba a forzar las cosas? ¿Para que se le soliviantasen los asteroides y los cometas?”

La vida intelectual de Antonio siempre tuvo mucho de búsqueda de verdades, de armonías. Antonio era la razón pura tratando de encontrarse a sí misma, ya fuera en el infinito o en el infinitésimo. Tal vez por eso demostró una gran intuición para saber por donde iría el futuro. Supo ver la importancia del triángulo productivo aeropuerto, Parque Tecnológico de Andalucía, Universidad, y la necesidad del corredor entre Teatinos y el Parque Tecnológico.

Y supo también situar a la universidad en sus coordenadas espacio tiempo, colocarla entre las instituciones, procurando siempre que en medio de la confrontación de intereses políticos, apareciera siempre como un elemento de estabilidad, de sosiego.

No le bastaba que la universidad estuviese al margen. Quería que estuviese, sencillamente, por encima. En todo. No escatimó esfuerzos en incorporar las últimas tecnologías, los últimos avances en docencia, pero tampoco olvidó que el prestigio de la Universidad tenía que descansar en su tradición centenaria. En la fidelidad a sus orígenes.

Y sobre todo en su capital humano. En una de sus frases más repetidas, Antonio afirmaba que la Universidad no estaba tanto en lo que más se ve, que son los edificios, como en lo que hay dentro, en las clases, en los laboratorios, en las carreras docentes, en el elemento humano.

En este sentido, fiel a su programa electoral, Antonio trabajo con todos y por todos los universitarios, personal docente e investigador y personal de administración y



servicios. Trabajó sin descanso para que todos pudieran progresar en una carrera funcional, docente o administrativa. Ciertamente, en la historia de la Universidad de Málaga, la suya será recordada, entre otras muchas cosas, como una etapa de consolidación y estabilidad laboral.

Una etapa que, en sus dos mandatos duró ocho años, extendidos a nueve con la elaboración de los actuales estatutos, que suponían la adaptación de nuestra normativa básica a la Ley Orgánica de Universidades.

Nueve años en los que la Universidad creció de forma integral, pero sobre todo cualitativamente, incrementando su peso específico y su respetabilidad. Nueve años que marcaron, definitivamente, la vida, ya de por sí metódica, de Antonio.

Un hombre, también es su familia, la persona que le acompaña durante toda su vida, su mujer, sus hijos. Recuerdo que un día se encontró con que su hija era ya médico y su hijo, doctor en económicas, y trabajaba en Canadá. Ese día sorprendió en el rectorado con una de sus frases crípticas. Miró por encima de sus gafas de leer y dijo simplemente: "Me he hecho mayor".

Por supuesto que exageraba, pero, puestos a interpretarlo, quería decir que estaba decidido a cerrar una etapa de su vida y que el bastón de rector debía ir pasando a otras manos. Despacio, sosegadamente, en silencio. Como todo en su vida.

Apuró sus días de mandato, y en su último discurso como rector recordó a Machado. "Nunca perseguí la gloria". Y en el párrafo final se despidió escuetamente diciendo: nos vemos en la facultad de Medicina. Nos vemos en nuestra "Facu".

Y de nuevo catedrático de radio física volvió a sus clases. Pero siguió, como siempre, paseando las calles de Málaga, ochenta años después de que Unamuno hiciera lo mismo en Salamanca. Meditando, tal vez el sentido de la vida, tal vez los secretos de la proporción áurea. O, como suele decir, a quien se le acerca, "aquí entretenido en formulas matemáticas raras".

Es, por ahora, la última pincelada de su biografía. La de Antonio Díez de los Ríos catedrático, que sigue en pleno vigor intelectual y creativo. La de Antonio Díez de los Ríos Rector, que ocupa por derecho propio un lugar de honor en nuestra Universidad, a la que tanto dio.



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Y por encima de todo, la de Antonio, nuestro amigo de ayer y de mañana. Al que hoy rendimos homenaje.

Que este momento compartido quede en tu corazón. Grabado en oro.

Para siempre, querido Rector.

Para siempre, querido Antonio.

No hay medalla que pueda hacerse de la aleación de cariño, amistad y agradecimiento, con la que simbólicamente, está hecha la Medalla de oro de la Universidad de Málaga que hoy concedemos al Catedrático D. Antonio Díez de los Ríos Delgado.

MUCHAS GRACIAS.